
GALICIA

REVISTA REGIONAL

LAS FIESTAS DEL P. FELJOÓ

~~~~~

### I

Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro, el fraile audaz que hizo de la celda de su convento un campo de batalla, tiene ya un bronce que eternice su gloria á través de las generaciones y de los tiempos.

Al evocar el recuerdo del polígrafo insigne, yérguese ante los ojos la triste visión de aquella centuria en que la pobre España, hecho girones el manto de gloria de Pavía y de Túnez, rodaba desde el Sinaí, á que la encumbraran sus Cortéses y Pizarros, al impuro y cenagoso charco del descrédito, con lodos de Joviers y Valenzuelas en la regia púrpura, y afrentas de Barcelona y Gibraltar en el immaculado estandarte.

Pero cerremos, siquiera malhumorados, esas páginas negras de la historia patria, que nos hablan de cobardías de Corzanas, de vilezas de Angulos, de fanatismos de padres Nithards y de liviandades de baronesas Perlips; dejemos en paz al bandidaje regio firmando tratados de Riswich y del Haya; á Carlos II muriendo acosado por los terrores sacerdotales de Froilán Diaz; al primer Borbón consolándose de las derrotas de los Países Bajos con los triunfos de Orán; á Fernando VI empeñado en la buena obra de rehacer nuestra marina, abrir cauces á nuestro comercio y horizontes á la cultura

nacional, y vengamos á parar al modesto cuanto célebre fraile de Samos y de San Vicente de Oviedo, testigo de toda esa etapa de luchas y de caídas, de desmayos y enardecimientos, de azares y reveses, de luz y sombra.

Batallador incansable, no conoció el reposo del espíritu ni la molicie de la carne; ciñóse al cuerpo la cogulla como pudiera ceñirse el coselete; su labor, cual no podía menos, tuvo trazas de encarnizadísimo combate; su pluma, nerviosamente esgrimida, no cesó un punto de acuchillar errores, y en los postreros años de su asendereada vida, quemado ya el último cartucho en las grandes controversias científicas, fatigado y maltrecho, con nubes en las pupilas y reuma en los músculos, al buscar á tientas el miserable lecho monástico, como el viejo soldado curtido por la pólvora de cien combates, debió dolerse de profundas heridas en el corazón.

Sepultado en las tristes soledades del convento, á donde más que místicos ardores habíale llevado anhelos de plácidos reposos; metido entre aquella turbamulta de ignaros varones que á toda hora cambiaban las devociones del templo por los gustos del refectorio; herido por la venenosa maledicencia de Zoilos que le mordían el alma con más empeño aun que le mordían los libros; víctima de las procacidades de Soto y Marne, de los odios de Mañer y de los proclives arrebatos del abate Verney; despreciado por sus hermanos de orden, que para nada se ocupaban en disquisiciones científicas, hechos, cuando más, al martilleo de insulsos epiqueremas teológicos; él, firme y sereno, á un tiempo buzo y águila, ecumenizaba las verdades filosóficas y partía á hachazos aquelarres de brujas y trípodes de pitonisas, milagrosos de beatas y zafias eteromancias de toscos adivinos.

La vida conventual, deslizándose entre aquellos muros que albergaban la quinta esencia del odio y de la glotonería, debió de ser terriblemente martirizadora para Feijóo.

Todo hubo de mortificarle allí dentro; la monótona canturía del lector que masculaba perezosamente vidas de santos; las obesas paternidades paseando sus abultados abdómenes por los claustros; las murmuraciones contra el prior; las intrigas de la comunidad; la sorda lucha de celda á celda; la difamación azuzándole su jauría de lebreles; las injurias salpicándole de barro los hábitos; la sociedad recogiendo los desperdicios de las galeras y de los prostíbulos y arrojándolos contra las tapias del monasterio, para que en torno de la ventrada olla devorasen el rancho de los frailes, la lepra y la holganza, la degradación y el crimen; todo, en fin, repugnaría en alto grado al alma delicada del gran polemista, que en celda oscura, oliente á la pólvora de las ideas, quemábase el craneo en las arduas labores intelectuales, mientras abajo, junto al portón, legos y beatas, con cascadas y silbadoras vocecillas, murmuraban rabiosamente del osado cogulla.

Por eso maravilla que allí donde todo, lo material y lo ingrávigo, hablaba de la bestia, pudiese el autor del *Teatro crítico* confortar el espíritu para darse á pensar en el hombre.

¡Con qué majestad y con cuán soberano desdén discurriría al caer de la tarde por los silenciosos corredores del convento, rozando, al pasar, sus hábitos contra el sayal de alguno de aquellos frailes que llevaban sombras en el cerebro, y el animal de que habla Balzac, en el corazón!

Y bien: la estatua de Feijóo está en pie, la deuda de gratitud pagada, los anhelos de Lista satisfechos. ¿Es fuerza que hagamos ahora un auto de fe con las obras del monje sobre el plinto de su monumento? No, seamos más generosos que el ilustre clérigo sevillano. Las armas que usaron los héroes, no porque estén melladas y herrumbrosas, deben hacerse pedazos; hay algo que imprime carácter sagrado al montante de un conquistador y á la pluma de un sabio.

Reservemos, pues, los libros del eximio fraile, y ya que nada nuevo nos enseñen hoy, sírvannos siquiera de ejemplo de meritísimas y provechosas ecuanimidades. Para Feijóo no hubo día perdido ni hora gastada inútilmente por la pereza.

Que otras generaciones se tomen el trabajo de quemar los libros de nuestros Carullas y López Bagos.

## II

Algún geniecillo oculto, gnomo ó diablo, ha debido decir á Orense: ¡Levántate y honra á tus hijos ilustres! que no de otra suerte se explica que pueblo como éste, tan perezoso y apático de suyo, diese de mano á sus pacíficas costumbres y se transformase de súbito en el pueblo que lanza sus turbas tras el carruaje de una escritora insigne, que puebla los aires con aclamaciones al pie del monumento de un sabio; que se recoje bajo las naves de sus iglesias para rogar á Dios por el alma de un fraile empecatado, que agasaja al periodista en sus círculos, que se alborozó en las calles al resplandor de sus luminarias, que adorna sus casas con los colores de la bandera nacional, que llena de heldades los salones de baile de sus casinos, que se divierte al son de la músicas, que vitoréa á los oradores y aplaude á los poetas, que grita en las plazas, y va y viene, ola humana en la vía pública, concuro discreto en el Certamen, espectador comedido en el teatro, sin descom-

poner lo más mínimo su traje de fiesta ni perder un punto su atildamiento, alegre sin borrachera, genial y chispeante sin navaja, alborozado sin escándalo, y hasta aturdido, si se quiere, pero sin proceso, sin carcel, sin policías y sin agentes de seguridad.

Hoy que, por desgracia, priva en todas partes la nota canallesca, el dichoracho soez, la agresión traidora, la rufianería insolente, place contemplar el culto espectáculo de un pueblo que sabe regocijarse y se regocija á estilo de las personas decentes, sin caer en lo burdo ni tocar en lo grotesco.

Y dicho esto, en honor de la justicia, narraremos como simples cronistas.

Lo que nos trae más gozosos, á vueltas de la inauguración del monumento dedicado á nuestro ilustre comprovinciano P. M. Feijóo, cosa que á todos nos honra por igual manera, es albergar entre nosotros, con ocasión de las fiestas y por ellas motivada su venida, á una notable escritora, prez del solar gallego, cuyo nombre, ha pocos años totalmente desconocido fuera y dentro, cobró dentro y fuera resonancia y popularidad merecidísimas.

Emilia Pardo Bazán, la aicalada y primorosa estilista que maneja el habla de Cervantes con gallarda soltura, y en cuyas obras adviértese espléndido derroche de color pictórico, hase dignado aceptar, por un rasgo de galantería, la presidencia del Certamen literario, certamen que á no ser por el brillo que le prestarán las bronceas frases de la diligente publicista, perderíase, sin tonos ni perfiles, en el vacío de las cosas fútiles, y por ende, de las cosas tontas.

¡Maldito lo que gana la literatura provincial con esas subastas de plumas de oro, botonaduras de brillantes, ánforas, bibelots, escribanías de plata y demás menudencias que se adjudican al poeta que aportá más ripios y al vate fúnebre, que asesina, con sonetos de Albacete, Elisab de guardarropía.

Desde que, con harto asombro de mis ojos y escándalo de mi conciencia literaria, he visto formulada de esta guisa una de las bases de cierto certamen:

Tema: Oda de 57 versos (ni uno más ni uno menos), dedicada á cantar las excelencias de los reyes godos.

Premio: Doce camisolas con vistas de hilo.

Perdí por entero la fe en la virtud de ese Apolo trashumante que va, lira al hombro, de Cádiz á Pamplona y de Oviedo á Cartagena.

\*  
\* \*

He de hacer constar, ante todo, el cultísimo carácter que revisten los festivales en honor del P. M. Feijóo, de cuyo programa hase descartado con

buen acuerdo toda clase de cursilerías para dejar sitio á espectáculos agradables y dignos en todo de la grandeza del personaje á quien se tributaban.

Certámenes científicos y literarios, concursos orfeónicos, justas poéticas, exposiciones, dedicación de mármoles conmemorativos á hijos ilustres de Orense, veladas musicales, constituyen la base principal de las fiestas organizadas para solemnizar la erección de la estatua de Feijóo.

Aparte de esto, que pudiera ser saboreado únicamente por las personas de cierta educación intelectual, ofrécese al pueblo, de modo pródigo, recreaciones y solaces adecuados á sus naturales gustos, v. g., bailes campestres, fuegos de artificio, carreras de velocípedos, comparsas de gaiteros, etc., etc.

Esto prueba que para despertar entusiasmos y atraer forasteros en un momento dado, no es requisito indispensable, como algunos suponen, lanzar por esos mundos de Dios vistosísimos y aparatosos carteles de toros.

La Exposición de ganados, que á la iniciativa y buen deseo de la Junta provincial de Agricultura se debe, resulta de gran importancia en esta hora de crisis y de zozobra para los ganaderos del país, que ven maltrecha su lucrativa industria y desbaratado el comercio de sus reses, merced á múltiples concausas, y observan, al propio tiempo, con harto dolor, cuanto se retarda el providente remedio oficial.

Todas las comarcas de la provincia de Orense han enviado ejemplares de sus reses vacunas, lanares y de cerda, sobresaliendo la de Viana del Bollo por sus excelentes bueyes, de recios lomos y finísimo y lustroso pelo.

El lugar destinado á la Exposición es la bella alameda del Crucero, á cuyo efecto hásele decorado *ad hoc* con flámulas, gallardetes y escudos comprensivos de los nombres de todos los partidos judiciales de la provincia; emplazándose, además, bajo la acertada dirección del ingeniero agrónomo señor Vazquez Moreiro, kioscos y establos rústicos, de caprichosa y elegante forma.

El día 8 de Septiembre se inauguró con toda solemnidad la estatua de Feijóo.

Es de bronce y mide cerca de dos metros de altura. El pedestal, de gusto moderno, es de sencillos y primorosos perfiles, y está gallardamente ejecutado. En sus cuatro caras, y encuadradas en cartelas de finísima labor, ostenta planchas de hierro con inscripciones alusivas al monje de Casdemiro.

La estatua es obra del Sr. Soler, escultor catalán; ha sido fundida en Barcelona y su costo ascendió á seis mil duros. Representa al P. Maestro en pie, vestido con burdo sayal monástico, para cuyo modelo utilizóse el que hoy usan todavía los frailes del convento de Samos, en la provincia de Lugo, por no haber sufrido la menor reforma la indumentaria conventual



desde los tiempos en que habitó Feijóo en aquel monasterio; la mano derecha, apenas escorzada, sostiene un libro, sustentando la otra grueso pergamino.

Hay algo de tosquedad en la figura del fraile; la cabeza no se inclina sobre el pecho por el natural peso de las ideas y de los años, sino que parece como hundida violentamente bajo la presión de un poderoso Titán dispuesto á segarla de un golpe; en la cara no se advierten aquellas líneas que la imaginación busca en la faz de un coloso de la inteligencia, y más que la de un hombre pensador semeja la de un hombre rudo hecho á difíciles labores materiales.

Al contemplarla—sin prejuicios ni apasionamientos de ningún género—vinieronseme á la memoria los diferentes modelos presentados años há al concurso abierto por la Comisión del centenario, y, entre ellos, uno de estatua sedente, ejecutado por el escultor valenciano Sr. Gandarias, el que, aparte de ciertas pequeñas faltas, que hubiesen tenido cuidadosa enmienda, idealizaba por modo raro la figura del fraile, sin desprenderse por eso de la realidad, y cuyo rostro era un verdadero milagro de intuición artística.

La ceremonia de la inauguración fué majestuosa sobre todo encomio; muchedumbre inmensa poblaba la plaza de Isabel la Católica y todas las avenidas hallábanse colmadas de curiosos; un sol espléndido y magnífico arrancaba reflejos al bronce de la estatua y abrillantaba la escena; los balcones eran apretadísimas piñas humanas; varios oradores pronunciaron entusiastas y patrióticas frases; las músicas batieron sus marciales pasos dobles al descorrer las telas que cubrían el monumento; los orfeones entonaron un grandioso himno y las delirantes aclamaciones de más de 20.000 personas ensordecieron los espacios.

Un hombre lloraba en aquel momento al ver realizadas ilusiones perseguidas por él con envidiable constancia. D. Manuel Pereiro Roy, presidente de la Comisión del centenario, carácter tenaz, voluntad de acero, pudo convencerse de que las grandes energías del espíritu no son jamás infructuosas. Los plácemes que á estas horas le tributan las gentes, haránle olvidar los infinitos sinsabores que le ha costado llevar á la práctica un pensamiento perseguido durante catorce ó quince años; á prueba de contrariedades y de disgustos.

\* \* \*

Orense aprovechó la oportuna sazón de los festejos enderezados á conmemorar la inauguración del monumento erigido al célebre monje de Samos;

para honrar la memoria de dos preclaros varones, hijos suyos, los Sres. Saco Arce y García Mosquera, tiernos é inspiradísimos poetas ambos, autor de excelente *Gramática gallega* uno, y profundo humanista y catedrático otro.

Elegantes lápidas de mármol blanco, con expresivas y cariñosas dedicatorias, han sido colocadas en los frontispicios de las casas en que habitaron esos dos talentos orensanos; y al concluir la severa y conmovedora ceremonia, pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Paz Novoa, ex-diputado á Cortes, experto jurisconsulto y corresponsal de *EL GLOBO*, y Sieto Gonzalez, director del Instituto de segunda enseñanza de esta capital.

El periódico *LA OPINIÓN LIBERAL* fué el iniciador de tan loable pensamiento, y á él se debe, en gran parte, su realización.

El Certamen literario celebróse en el teatro de la Paz, bajo la presidencia de la afamada novelista Emilia Pardo Bazán, y comenzó por la lectura del veredicto del Jurado calificador, en virtud del que obtuvieron premio la señorita Dato Muruais y los Sres. Pastor Aicart, Lasso de la Vega, Labarta Posse, Barajas, Cid Hermida, fray Restituto Gonzalez, fraile del Escorial; Brañas Menendez y Perez Placer, otorgándose al primero de los señores mencionados el «Laurel de plata,» ofrecido por la prensa regional, por un canto *Al trabajo*, poesía asaz amanerada que, á vuelta de cierto trabajado pulimento en la forma, carece en absoluto de brío y de elevación, y no atesora un solo pensamiento digno de loa.

Entre las demás composiciones, merecen citarse únicamente la del señor Labarta Posse, por su fluidez y por sus rasgos de ingenio, y la del Sr. Perez Placer, por la facilidad y galanura con que está escrita.

Cuanto á las restantes.... olvido y misericordia.

De los trabajos en prosa, son de mérito, por su utilidad y por sus enseñanzas prácticas, los de los Sres. Barajas, ilustrado médico militar, y Cid Hermida, laborioso periodista gallego.

Un detalle: Para que mis leyentes se formen idea de la formalidad que preside á esta clase de fiestas literarias, básteles saber que tres meses antes de celebrarse el Certamen de Orense eran ya del dominio público los nombres de los autores agraciados, de tal suerte que en el momento de proceder á la ruptura de los sobres, el único caballero que parecía mostrarse sorprendido, á juzgar por ciertos cómicos alardes con que decoraba la lectura de los misteriosos pliegos, era el secretario de la comisión.

Subió á la tribuna Emilia Pardo Bazán, descotado el mórbido busto, apriñonada la gallarda figura entre riquísimos encajes, recogidos los abundosos cabellos por centelleantes *rivieres* de hermosas piedras, enguantados los esculturales y tornátiles brazos, resplandeciente el luminoso mirar, retozona la sonrisa y alegre el simpático rostro, y tras breve lapso, en que saluda al

público y ordena y dispone las cuartillas, comienza á leer, con voz sonora, un soberbio estudio crítico acerca del P. Feijóo, conspícuo en el razonar, bruñidísimo en la frase, agudo en la réplica, sobrio en los paralelos, arrebatador en las imágenes, vivo en las grandes síntesis históricas, gallardo en el bosquejo, genial en la sentencia, enérgico en el apóstrofe, desenfadado en el juicio, y en todo, en lo grande y en lo pequeño, en la trama filosófica y en el detalle biográfico, lleno de luz, de color, de perfiles, de poesía, de erudición, de asombroso talento.

Los párrafos en que describe las corrupciones y las liviandades de la corte de Carlos II; los que consagra á Galicia; los que dedica á la memoria del gran polígrafo orensano, todos, en fin, constituyen verdaderas joyas de la literatura española.

\*  
\* \* \*

Las horas fúnebres celebradas en la Catedral por el descanso eterno del autor del *Teatro crítico*, han sido solemnísimas. La excelente música de capilla de la metropolitana de Santiago enviónos varios distinguidos artistas para suplir las deficiencias corales é instrumentales de la de Orense, y merced á este provechoso refuerzo, la solemnidad religiosa revistió inusitado esplendor.

Para puntualizar los ingentes combates científicos librados por Feijóo, para enaltecer sus colosales esfuerzos intelectuales, para dolerse de las persecuciones de que le hicieron víctima otros frailes, no como él tan virtuosos, y otros publicistas, no como él tan conspícuos; para dar la batida á las ignorancias que aun hoy disputan al gran escritor por monstruo luterano, desposeído de fe, rebelde á Roma y enemigo de obispos y curas, subió al púlpito un orador brioso, de nervio, cuyo espíritu, saturado de tolerancias, ama todos los grandes ideales, y cuya gallarda palabra, nutrida de inspiraciones, fulgura y resplandece al tocar las cumbres de la elocuencia.

Llámaselo el orador D. Marcelo Macías, y es catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Orense.

Los hábitos sacerdotales no le embarazan, antes prestan majestad á su simpática figura; su voz clara y sonora, adaptación á las dulzuras melífluas y á los apóstrofes enérgicos; pero lo que más avalora al discreto orador, son sus ideas modernas, sus amplios conocimientos, su odio al efectismo y á los melindres, su cultura, que al contradecir al filósofo ó al publicista de escuelas contrarias, no pone en sus labios insultos ni ponzoña en sus frases, y su acendrado amor al progreso en todos los órdenes de la vida social.



Y consignado el juicio que merece á mis ojos ese señor sacerdote y catedrático, con quien no he cruzado jamás el saludo, seguiré narrando, siquiera mis lectores se vean precisados á pasar conmigo desde el templo de Dios al templo de Minerva.

Distinguido público congregóse en el Paraninfo del Instituto de segunda enseñanza para presenciar el reparto de premios del certamen científico, organizado por el Colegio Médico-Farmacéutico de Orense.

Cualquiera, al enderezar sus pasos hácia aquel sitio, hubiese abrigado el natural temor de verse metido de pronto en los mil y un laberintos de la ciencia, sin oriente entre un bártro de cosas abstrusas, que las barreras del tecnicismo hacen infranqueables para los profanos; pero, por fortuna, no aconteció así. La medicina había dejado á la puerta del salón su bagaje de nebulosidades y sus mudoces de esfinge, y habló de suerte que todos pudiesen entenderla.

D. Maximino Teijeiro, sabio modesto, gloria del profesorado compostelano, médico de primer orden y catedrático adorado de sus discípulos, ocupaba el sillón presidencial con sobrados méritos é indiscutible derecho.

Después de discreta Memoria, elegantemente escrita por el Secretario del Certamen, Sr. D. Antonio Rodríguez, y de un erudito discurso del presidente del Colegio médico Sr. Fuentes, disertó el Sr. Teijeiro sobre la higiene pública y sobre la educación de la niñez, emitiendo atinadísimas consideraciones acerca de ambos temas, y provocando los aplausos de sus oyentes á cada paso.

El premio de honor del Certamen, consistente en una pluma de oro, recayó en el distinguido farmacéutico de la Coruña Sr. D. Gumersindo Pardo Reguera, y el accésit lo obtuvo el apreciable y estudioso médico militar señor Estrada Catoira.

El asunto de los trabajos agraciados con esas distinciones, era el siguiente: «Memoria en que se señalen los métodos más fáciles y exactos para la investigación de las adulteraciones de las sustancias alimenticias de uso más frecuente en Galicia.»

\*  
\*  
\*

La prensa estuvo representada durante las fiestas, por los Sres. D. Juan M. Paz Novoa, corresponsal de EL GLOBO; D. Camilo Placer Bouzo, redactor de EL RESUMEN; D. Nicolás Taboada Fernández, redactor de LA IBERIA; Don Juan Neira Cancela, corresponsal de LA CORRESPONDENCIA MILITAR; D. Torcuato Ulloa, director de EL DIARIO DE PONTEVEDRA; D. Manuel B. Fernández

Garrido, propietario de la GACETA DE GALICIA; D. Eladio Lema, director del FARO DE VIGO; D. Rufino Rivera, de O GALICIANO; D. Benito Fernández Alonso, corresponsal de EL CLAMOR DEL PAÍS; D. Renato Ulloa, de LA JUSTICIA; D. Augusto Feito Pardo, de EL ANUNCIADOR, de Pontevedra, y por el humilde firmante de este artículo, que se honró con la dignísima representación del diario madrileño EL LIBERAL; del festivo semanario EL CICLÓN, de Santiago; del discreto periódico EL INDEPENDIENTE, de Vigo, y de la patriótica revista antillana GALICIA MODERNA.

Los periodistas orensanos agasajaron cortésmente á sus compañeros de otras poblaciones, mereciendo especial mención, por sus diligentes servicios, los Sres. Cid, director de LA OPINIÓN LIBERAL, y Vazquez, redactor de EL ECO DE ORENSE.

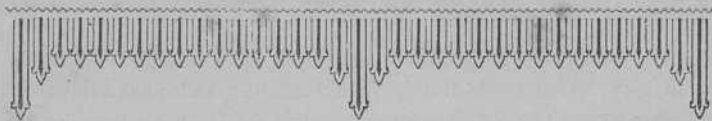
\*  
\* \*  
\*

En resumen: festivales cultos y brillantísimos, tiempo espléndido, animación indecible, gran concurrencia de forasteros, y una página gloriosa é indeleble en los fastos de Orense, *la encantadora ciudad de las termas*, como la llamó el ilustre Sr. Teijeiro en su discurso del Colegio médico.

ALBERTO GARCÍA FERREIRO.

Orense, 1887.





LAS CORTES DE SANTIAGO Y LA CORUÑA  
DE 1520 (1)

(Conclusión).

VII

Abriéronse aquí las sesiones el día 25 de Abril en el antiguo convento de San Francisco, pronunciando el Obispo Mota un discurso al que contestó su hermano el procurador de Burgos.

Ya en el camino habían logrado los agentes de don Carlos inclinar los ánimos de algunos procuradores, y bien se conocía esto en el discurso del Obispo, cuando—á pesar de la petición de las ciudades en contrario—anunciaba que la Regencia del Reino, durante la ausencia del César, quedaría encomendada al Dean de Lovaina y Obispo de Tortosa, Adriano de Utrech.

De nuevo en esta segunda etapa de las Cortes, los procuradores leoneses presentaron las instrucciones que traían de su ciudad, pero como gran parte de las dificultades estaban vencidas, derramando beneficios y dineros y prodigando amenazas y destierros que atemorizaban y atraían á los procuradores rebeldes, resultó que la mayor parte de las ciudades, no sólo concedieron el deseado servicio, sino que aplaudieron el nombramiento del Cardenal

---

(1) Véase el núm. 10.

Adriano, creyendo *que no podía ser cosa mejor*. Sin embargo de tal humillación, los procuradores de Murcia, León, Córdoba y Valladolid, suplicaron al Emperador que jurase y prometiese no volver á dejar por gobernador de estos reinos á ningún extranjero.

Para responder ante sus ciudades del uso que habían hecho de los poderes conferidos, y para que no recayese en ellos la fama de débiles ó de vendidos á los intereses de la corte, acordaron los procuradores presentar un cuaderno conteniendo 64 peticiones.

Votóse por fin el tan deseado servicio el 19 de Mayo, terminando las sesiones con un discurso del Obispo Mota en nombre del César, en el que agradecía el servicio votado y lo ofrecía *reconocer en general y en particular*, añadiendo con mal disimulado enojo, que de las ciudades que no lo habían votado, no llevaba sentimiento alguno, pero sí lo llevaba y no pequeño, de aquellos procuradores que teniendo poder para otorgarlo, se habían negado á hacerlo, y terminaba diciendo que *mandaría escribir á las unas y á las otras ciudades lo que conviniese*.

Terminadas y despedidas que fueron las Cortes, embarcóse el Rey el día 20 de Mayo—22 segun Colmeiro—llegando á sus oídos, aun antes de abandonar las playas gallegas, el sordo rumor de la tempestad que comenzaba á estallar en el centro de Castilla; y cuyos chispazos primeros fueron los castigos infligidos por algunas ciudades á sus procuradores por el torpe uso que hicieron de sus poderes.

Así terminaron las ruidosas Cortes celebradas en Galicia, que originaron tan graves daños á *la triste España cargada de duelos y desventuras*.

## VIII

Distintas son las opiniones de los autores acerca de estas Cortes. Sandoval da á entender que no hubo, por parte de unos y otros, todo el comedimiento que debía guardarse en aquel solemne acto, y no puede extrañarnos este lenguaje ambiguo en persona tan adicta á los intereses del monarca; Ortiz de Zúñiga, el analista sevillano, entiende que *aunque no se les pudiese negar la razón, se les extrañaba el modo de defenderla*; Vicetto, llevado de su ardiente amor á Galicia y á la libertad, afirma que si los señores gallegos que demandaron el voto para esta región, hubiera sido secundado por todo el país, los flamencos se verían arrollados, y no lloraríamos

hoy la pérdida de nuestras libertades. Para Colmeiro, merecen serias censuras los procuradores que no se opusieron á la concesión del servicio. En general, todos los autores que de ellas se ocuparon juzgan á estas Cortes, siguiendo sus inclinaciones á la monarquía ó á la libertad, polos opuestos del problema que por entonces se debatía.

Cansado y enojoso sería para los lectores el enumerar las peticiones hechas por los procuradores en estas Cortes, y además hállanse insertos literalmente en el tomo VI de la *Historia de Galicia*, de Vicetto, y no ha muchos años que un diario local las publicó en su folletín. Por estos motivos, y á fin de no molestar á los benévolos lectores, habré de limitarme á hacer ligeras consideraciones acerca de ellas.

Pocos cuadernos se conservan tan curiosos y dignos de estudio, por la riqueza de noticias que contienen, como el de las Cortes que son objeto de nuestro estudio; con sólo su lectura podría representarlas nuestra imaginación con toda la variedad de detalles é incidentes surgidos en su celebración. Pero á pesar de tal riqueza, sus peticiones carecen de originalidad, porque de las sesenta y cuatro que contiene el cuaderno, sólo una sexta parte son nuevas; las demás son reproducción de otras hechas anteriormente, sobre todo en Valladolid el año 1518.

Todos los órdenes de la vida comprenden las súplicas de los procuradores; así demandan reformas en el político como en el económico, en lo religioso como en lo militar y jurídico, sin olvidarse de pedir para sí beneficios y recompensas, que liberal y generoso otorga el Emperador, en agradecimiento á la concesión del servicio; y al observar con cuanta solicitud acuden los procuradores á poner remedio allí donde la necesidad se manifestaba, con cuanta presteza tratan de corregir y estirpar abusos, como dan muestra de su actividad ocupándose ya de asuntos tan baladís é inocentes como la tela de que habían de hacerse los vestidos; ya de otros más arduos é importantes para la vida del Estado, como eran la administración de justicia ó las relaciones con la Iglesia, diríase con fundamento que trataban de disculpar y como encubrir su lenidad en el cumplimiento del mandato de sus poderdantes, mostrándoles su afán de reformas, su insistencia en las peticiones, que si fueron concedidas en el cuaderno, no llegaron nunca á realizarse en la vida práctica. Obsérvase aquí también cuán grande era la prisa del Emperador por dejar despachado tan enojoso asunto, y cuánta influencia ejercían en su ánimo los consejos de sus paisanos, demostrada aquélla en lo corto de las respuestas, y ésta en las contestaciones que daba cuando los procuradores pedían que no diese oficios ni empleos á los extranjeros; que no proveyese en ellos beneficios eclesiásticos, con otras peticiones análogas, que demuestran el malestar que contra los flamencos se sentía en Castilla, y



á los que el monarca ó no respondía, ó lo hacia diciendo *que proveería lo que fuese más conveniente al bien de estos reinos.*

## IX

Tristes fueron para nuestra patria las consecuencias de estas famosas Cortes. Vive en la memoria de todos el recuerdo de aquel triste día de Villalar, en que sucumbieron las libertades castellanas. Cierto que no debe buscarse la causa eficiente de este desastre en las Cortes de 1520; quien tal hiciera no daría seguramente gallardas muestras de haber profundizado en el estudio de nuestra historia patria, pero no cabe dudar que ellas fueron la causa ocasional, por mas que el mal tuviese otras más hondas raíces.

Si los procuradores de Santiago y la Coruña, firmes en el cumplimiento de su deber, hubieran resistido los deseos del mal aconsejado monarca; si fuertes en medio de aquellas tempestades de halagos y promesas, de castigos y amenazas, le hubieran negado el codiciado servicio ó impedido el ausentarse del reino para adornarse con los girones de una purpura, que andando el tiempo habia de ser el sudario de nuestra pobre España; si se hubieran opuesto con toda la energía y el valor que les daba su carácter de mandatarios de las ciudades al nombramiento de un extranjero para la regencia; seguramente no tendríamos en nuestra historia páginas tan sangrientas como las que narran el horrible suplicio del personero de Segovia, los famosísimos escándalos del Obispo Acuña, el incendio de Medina, que arruinó su floreciente comercio; ni tendríamos tampoco que llorar la hecatombe de los campos de Villalar y el trágico fin de aquellos heroicos mártires Padilla, Bravo y Maldonado, que derramaron su preciosa sangre en defensa de nuestras santas libertades. Por el contrario, olvidándose nuestros monarcas austriacos de sus quiméricos sueños de dominio universal; concretándose al gobierno de España y sus extensísimas colonias; aplicándose á desenvolver una política en armonía con las necesidades de los tiempos; practicando allá, en la virgen tierra que descubriera ínclito navegante, una buena administración colonial; fomentando el desarrollo de la industria y el comercio, rompiendo las trabas y destruyendo los errores que aminoraban el horizonte de su acción; trabajando por el brillo y el florecimiento de nuestras Universidades que, cual las de Salamanca y Alcalá, fueron un día de las más célebres del mundo; y sobre todo favoreciendo el desenvolvimiento armónico de

las Cortes, reformándolas al compás de las exigencias y necesidades que engendra el continuo andar de los tiempos, llegaríamos hoy á ser, sin duda alguna, la más libre, la más poderosa de las naciones que pueblan la vieja Europa. Ciertó que entonces no hubiéramos atado á nuestro triunfal carro la veleidosa fortuna; que no hubiéramos recorrido la Europa de victoria en victoria, ni hubiéramos grabado en todos los ámbitos del mundo, con la sangre de nuestros heróicos soldados, el sacro nombre de España; que no hubiéramos tenido días tan gloriosos como el de San Quintín, pero tampoco lloraríamos en Rocroy el destrozo de nuestros invencibles tercios; no tendríamos reyes tan poderosos como Cárlos I y Felipe II, pero no llegaríamos á los tiempos de decadencia que nos trajeron los últimos monarcas de la desdichada casa de Austria; y en cambio de dichas tan cortas, de glorias tan efímeras, no tendríamos un despertar tan desastroso; labraríamos, siguiendo la eterna ley del progreso, nuestra vida nacional; continuaríamos la tradición de nuestras gloriosas Cortes é implantaríamos, antes que otras naciones, el régimen parlamentario con más estabilidad de la que aun hoy, por desdicha tiene, y ¡quien sabe! la hora de las revoluciones y trastornos no hubiera todavía sonado para nuestra querida patria.

ABEL ROMERO RODRÍGUEZ.



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is too light to transcribe accurately.



## EL MARQUÉS DE FIGUEROA Y SUS NOVELAS

---

En el año próximo pasado disfrutaba yo la agradable temporada veraniega en la montuosa y pintoresca Asturias, gozando del delicioso ambiente de las riberas del Cantábrico, en la opulenta y deliciosa villa de Gijón.

Entre sus edificios más notables descuella el antiguo palacio señorial de los Condes de Revillagigedo, verdadero monumento y fortaleza de oscurecida piedra, gastada y carcomida á trechos por las salinas ráfagas del mar, á cuya orilla levanta sus pesados muros almenados, y guarnecidos á sus ángulos por cuadrados y enormes torreones, recordando las redondas arcadas de su pórtico, junto á la rada, los austeros palacios que bañan los canales fantásticos de la antigua Venecia.

Presentado por un amigo al amabilísimo Conde de Revillagigedo, recorría yo, por él acompañado, las extensas galerías y espaciosos salones del palacio, cuyos muros historian profusamente venerables retratos de familia, que forman cronológicamente gran catálogo de héroes y hombres importantes del Astur Principado; á tiempo que un jóven de semblante pensativo, en enlutado traje, se acercaba. Al llegar á nosotros, me dijo el Sr. Conde:

—Presento á usted á mi primo el *Marqués de Figueroa*, que es también escritor, y el cual continuará enseñando á usted lo que resta del palacio, puesto que ustedes, como literatos, se entenderán mejor; y despidiéndose hasta después, nos dejó en respetuosa y franca amistad, que desde entonces fué recíproca, en una de las amplias galerías del palacio condal.

Subimos por una ancha escalera á las galerías altas, y llegando á la espaciosa biblioteca, rodeada de labrados armarios atestados de antiguos libros en pasta y pergamino, invitéme el joven literato Marqués á tomar asiento junto á una vieja mesa de escritorio que había al centro, dando frente á una abierta ventana, por la cual penetraban las saludables auras del Cantábrico, y desde la cual se divisaban los hermosos paisajes de la antigua Gigia en que Pelayo tuvo también su Corte, contemplándose la animada dársena y las cantábricas riberas, con gran parte del caserío de la opulenta villa de Gijón.

Nuestra conversación fué entonces, y desde luego, sobre literatura. Conocía el Marqués, además de algunos de mis versos, mi humilde libro titulado *El Viero*, y había escrito hasta entonces el Marqués de Figueroa, las dos preciosísimas novelas *El último estudiante* y *Antonia Fuertes*, ambas recibidas favorablemente por el público y encomiadas justificadamente por la prensa.

Mas para hacer un modestísimo y breve juicio crítico de sus novelas, hagamos una sencilla semblanza á grandes rasgos del novelista.

Es el marqués de Figueroa un joven de porte aristocrático, y no afectado, de valioso talento, y no pretencioso, de modesto carácter, afable trato y sencillas costumbres. Poseedor de un título de antigua nobleza y de suficiente y holgado caudal para entregarse, dada su juventud, estado, riqueza y condición social, á la aturdida vida del placer en la viciada sociedad del gran mundo, prefiere el estudio al baile, el recogimiento á la orgía, la tribuna del Ateneo al palco del Teatro, de los Toros ó del Hipódromo, y su despacho de escritor laborioso á los asfixiantes gabinetes del Veloz-Club, en donde se combinan tan admirablemente el buen tono, el *confort*, la estupidez y el vicio en medio de un ambiente glacial de holganza y de molicie. Hijo de su siglo y aristócrata por su noble alcurnia, comprendiendo (ó tal vez inconsciente) pasado aquel período heróico en que solo eran dignas las *armas* de dar ejercicio á los nobles en los rudos combates de la fuerza bruta, se dedicó á las *letras*, como el verdadero ejercicio que da nobleza al hombre ó la completa en los altos combates de la inteligencia. Hijo del Norte, (siendo su solar antiguo la *Torre feudal de Figueroa en Galicia*), es de apacible condición y suave temple; carácter que refleja, con la sencillez sublime de Enrique Gil, y el sabor de Pereda, también novelistas del Norte, en sus novelas.

Alcanzado ya el triunfo literario, con su primer novela, que le sirvió de venturoso ensayo, *El último estudiante*, y mejorando aún más su relevante condición de novelista en *Antonia Fuertes* ha venido á probar, por último, que es verdad el progreso, con sus prodigiosas facultades novelescas, en su última y preciosa novela *La viscondesa de Armas*.

Las dos primeras tienen su acción en el Norte, respirándose en ellas el



ambiente purísimo de las frescas montañas del Cantábrico entre las sabrosas narraciones y sencillas costumbres de Galicia; la última tiene ya por teatro de acción al moderno Madrid; en la cual están descritas admirablemente la turbulenta vida de la corte, las viciosas costumbres de la opulenta sociedad aristocrática; dibujándose en aquellos maravillosos cuadros, tan llenos de verdad y colorido, diversos caracteres, que más que inventados ficticiamente por la imaginación del novelista, han sido trasladados fielmente por su ingenio desde los teatros, paseos y salones á las sentenciosas páginas del libro.

Pero entre la turba-multa de farsantes, diplomáticos y damas, se destaca con magistral relieve la importante figura de la protagonista, *La vizcondesa de Armas*.

Joven, hermosa, opulenta, adulada, solicitada siempre por torpes seducciones, abandonada en sus primeros años de las sanas enseñanzas de la madre, que son la educación moral; educada tan solo intelectual y superficialmente en un colegio; casada luego con un hombre poderoso y necio; viviendo siempre en salones, paseos y teatros, con la vida de los sentidos, saciando sus caprichos, triunfando con el oro, venciendo con el lujo y avasallando con su egregia hermosura, siempre admirada y codiciada siempre como constantemente pretendida y decantada, llega á probar, á fuerza de derroche y devaneos, el venenoso acibar del desengaño, á sentir la amargura de la vida, el tormento del dolor, las sombras de la muerte.

Moderna Magdalena, arrepentida de la moderna sociedad, lloró en un solitario rincón de Extremadura su pasada vida; y cuando ya parece que tiene la novela un término, elegiaco, el novelista entonces, generoso con ella y con el lector, la rehabilita; y el amante que verdaderamente quiso y es digno del amor, es ya su esposo; una adorada criatura, es el precioso fruto de aquel amor eterno, y *La vizcondesa de Armas* queda tan agradecida del insigne marqués de Figueroa como queda el lector de su novela.

ACACIO CÁCERES PRAT.

Madrid 20 de Marzo de 1887.







## EPISODIOS HISTORICOS DEL MUNICIPIO DE ORENSE

---

### I

#### EL PUENTE MAYOR

Uno de los hechos que más han influido en el progreso y mejoramiento de la ciudad de Orense, y que merece un lugar distinguido en su historia, ha sido ciertamente la construcción del gran puente sobre el río Miño, cuyas obras, según afirman escritores de tanta reputación como D. Lucas de Tuy, á quien sigue más tarde el Obispo Muñoz de la Cueva y P. Florez, y cuya opinión corrobora asimismo el reverendísimo P. Sarmiento y el erudito señor Bedoya, tuvieron comienzo por los años de 1228, gracias á la eficaz iniciativa y subvención del Obispo D. Lorenzo I, que en su afán de mejorar la población, dotándola de sólidos monumentos que la hermosearan, «mandó hacer de piedras cuadradas la Catedral y el palacio:» *et pontem in flumine Minio, justa eandem civitatem fundavit.*

Era Orense por entonces una de las muchas ciudades de Galicia, en que no tenía el Rey jurisdicción alguna, y á esta circunstancia concurría en gran parte la donación que el monarca Alfonso IX, en el año 1190, había hecho de ella á su Obispo D. Alfonso I, adjudicándola los cotos y dominios de algunas leguas á la redonda, con más una renta de *cuatrocientos aureos* en

efectivo. Y está casi fuera de duda que este prelado se interesó en la construcción del puente monumental, movido por el deseo de facilitar la travesía del Miño á los muchísimos peregrinos que en aquellos tiempos venían de todos los países, en cumplimiento de sus votos, á visitar la tumba del Apóstol Santiago de Compostela, contribuyendo no poco la necesidad de sustituir con el puente una peligrosa barca de madera que por cuenta del Cabildo y Obispo cruzaba el río en Portovello, en cuyo sitio, para memoria de las desgracias allí acontecidas, consérvase aún una pequeña ermita dedicada á Nuestra Señora, ante cuya imagen se postraban los transeúntes.

Existen varios extensos privilegios relativos al suntuoso puente, pero la índole de este trabajo nos priva de hacer mérito de ellos por no hacerle demasiado lato, y porque en su *Historia y vicisitudes*, publicada ya, relatamos detalladamente las peripecias por que ha corrido desde su primitiva fundación, tales como el hundimiento que ha sufrido el arco principal allá por los años de 1432, ocasionando grandísimos desembolsos su reparación.

Pero creeríamos deficiente nuestro trabajo si aquí no levantáramos del olvido el nombre de las personas que principalmente han contribuido á restaurar la obra, y pasáramos en silencio los sacrificios que el Cabildo y Concejo hicieron. Hallamos distinguiéndose entre aquellas al Sr. Lope de Ulloa, vasallo del Rey Alfonso V, que por hacer bien al Cabildo y Concejo y á la ciudad de Orense, declaró solemnemente *«que tomaba en su guarda et amparo et defendemento á todos et cualesquiera freyres et leygos demandadores et costores que manden chymosnas para á obra da ponte douréns.»* Igual á esta hicieron otra concesión más tarde el Adelantado mayor del Reino de Galicia, D. Diego Sarmiento y D. Diego López de Zúñiga, señor de Monterrey, en 1442 y 1443 sucesivamente.

Terminadas, á fuerza de tiempo y sacrificios, las obras, años andando, vino á construirse en el puente un castillo, que no sin grandes dificultades llegó á feliz término en 1572, en cuya fecha, abandonado por el maestro Calleja, que desapareció faltando á sus compromisos, hubo de concluirle por su cuenta el Concejo. Este castillo fué conocido desde entonces con el nombre de *La torre nova* (1).

Don Francisco Ruiz de Andrade, conde de Lemos, protector decidido de los orensanos, reparó también por su cuenta no pocos desperfectos ocurridos en el puente; reedificó los edificios públicos de la ciudad de Orense y construyó la ermita de San Lázaro. Ante beneficios tan ostensibles, el Concejo, haciéndose eco de los deseos de la ciudad, como expresión de gratitud al Conde, hizo que el escudo de armas de éste fuese colocado en el puente, Con-

(1) Alzábase donde está hoy la caseta del peón caminero.

sistorio, casas del Concejo, edificios reales, y en todos los fuertes de entrada de la población.

Entre las catástrofes ocurridas en el puente mayor, puede incluirse también la de 1835, que falseados los cimientos del arco principal, veníanse abajo los pilares, sin que en algún tiempo apareciese quien se aventurara á atajar tan inminente ruina, por la gran profundidad que allí miden las aguas. Nadie, á pesar de los anuncios esparcidos por Galicia y Castilla, nadie, repetimos, se atrevió á emprender la solidificación de los cimientos, mas que el inteligente arquitecto don Santiago Estevez, cuyo nombre nos complacemos en consignar aquí por la importancia de las obras que, bajo su acertada dirección, se han llevado á cabo. Y el puente, así perfectamente concluido, no ha sufrido otras modificaciones de consideración hasta que, con motivo de rechazar las facciones que por esta provincia y la de Lugo merodeaban, se levantó otra fortaleza sobre uno de sus arcos en el declive hacia la orilla derecha del río Miño, para constituir en ella un cuerpo de guardia, que se mantuvo perenne hasta la terminación de la guerra de Carlos V, siendo después, á mitades de nuestro siglo, demolidos ambos castillos por innecesarios.

BENITO F. ALONSO.

Orense Agosto de 1887.





Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is too light to transcribe accurately.



## LA ACEÑA <sup>(1)</sup>



### XIII

Practicábase entre los parroquianos de la aceña la costumbre de que cuando algún mozo por primera vez venía al molino, los más antiguos obligábanle á pagar *la patente*, exigiéndole cuidase de la harina, de atizar la pabesa al candil, de hacer el barrido y todos los demás menesteres de que tuvieran necesidad los que allí presentes se hallasen, quedando éstos, del todo descuidados, gozando de los placeres de la velada. Y era frecuente que al pobre novicio hicieran sufrir cualquier broma pesada si á la tradicional costumbre no se sometía dócil y diligente.

Cuando Blas entró en el espacioso local, unos cinco ó seis mocetones, dando desaforadas voces, trataban de obligar á otro, que su poca suerte había llevado allí, á coger la escoba de retamas, ayudándole en aquella brega las mozas que se encontraban en la aceña, nada escasas de gritar, de reir ostrepitosamente, de forcejear y de batir palmas y de dar brincos. El novio de Carmela, interponiéndose, les gritó:

—Dejadle en paz. Yo le apadrino.

---

(1) Véase el número 10.

—¡No puede ser, no puede ser! ¡Qué barra la harina!—prorrumpieron todos dando voces y palmoteando como unos condenados.

—Vamos, dejadle!—repitió Blas.

—¡Cómo dejarle! ¿Qué estás diciendo tú? Eso sería romper con las costumbres, con las prácticas seculares y con las antiguas leyes y venerandas tradiciones del molino.

—Pues haya paz, que yo prometo arreglarlo todo sin cometer descatos ni romper siquiera un plato.

—No cedemos ni una uña de nuestros derechos—gritaron los hombres.

—¡No faltaba más! Nada, nada, ni tanto como una uña—repetían las mujeres armando infernal clamoreo.

—Pero escuchad, toño—exclamó Blas.

—Nada tenemos que escuchar. Así lo practicaron nuestros abuelos y de las mismas costumbres usaron los antepasados de aquéllos, y nosotros tenemos que defender las costumbres heredadas de nuestros mayores. Sí, defenderemos nuestros derechos hasta la muerte. ¿Quién es el temerario que pretende arrancar en una noche el añoso árbol de la tradición, cuidado durante tantos años por nuestros progenitores?

—Ni quiero ni pretendo nada de eso, hombres de Dios y mujeres de todos los demonios!

—Fuera, fuera, fuera el usurpador!...

—Pero, toño, si yo no quiero usurpar nada.

—¡Mirad las añagazas del mentiroso!

—¡Libreme San Antón de tales cosas y de cometer la irreverencia de arrancar ese árbol de que habláis, sea encina, olmo ó alcornoque. Lo que os digo es que si dejáis á ese muchacho en paz os prometo poner otro en su lugar.

—Quiere seducirnos, engañarnos, burlarse de nosotros!...

Blas comprendió,—ó sin comprenderlo,—que á todos los populachos se les caza con cebo—práctica que tiene dado y dará siempre seguros resultados—y dejando razones á un lado habló así:

—Ya sabéis que me caso con Carmela: esta noche hicimos los conciertos. Pues bien; voy á buscaros un trago de lo tinto para que bebais á la salud de Carmela y de la mía.

—Vivan los novios! Ya sabíamos que estábais *albrocando*. Ahí tienes tu protegido. ¡Vivan los novios!

—Bueno. Ahora me toca á mí cumplir mi palabra.

—¡Sí, sí, venga la bota!...

—Y también vendrá el sustituto de mi ahijado.

—Como tu quieras. Lo principal es la bota.

El novicio del molino, al verse libre de aquel enjambre de diablos *informales*, sacó una flauta del bolsillo de la chaqueta y púsose á tocar una muñeira.

—Ala!...—gritó Blas.—Ya veis que mi ahijado es músico de los finos.

—¡Y que bien la *repinica!*—dijeron las mozas muy contentas.

—¡Ala, ala!...—gritaban todos dando brincos al son de la chillona flauta.

## XIV

Mientras bailaban los del molino, fué Blas á colocarse, muy cautelosamente, cerca del boquete de la aceña, sin olvidarse de dejar antes buena bota, ahita de mejor vino, á los bailarines.

La noche estaba, entre los árboles de la margen del Avia, como boca de lobo.

Blas bajó con precaución á la orilla del río, y despues de elegir sitio entre las matas, esperó. Desde el punto que ocupaba, saltábase á la presa; encima de esta caía la ventanita de Carmela; de suerte que el mayorazgo de la Pavanza, al acudir á la cita, tenía que dar primero con el novio de la hija de los molineros. Blas lo había calculado así, cuál hábil estratégico, con objeto de ver como su rival caía en la trampa que le había armado, y en caso contrario, ayudarle á caer bien en ella.

El choque de las aguas en aquel punto era tan impetuoso, que ensordecía.

Pasó un buen rato, y Blas comenzaba á dudar, entre toños y retoños, si su novia habría cumplido lo que él tan enérgicamente le había ordenado. Por su parte Carmela, muy intranquila y temiendo algo desagradable, abrió la ventana, y se asomó para observar lo que pasaba.

—¡Carmela, Carmela!—pronunció entonces una voz desde la presa.

—¿Dende estás?—contestó la moza.

—Aquí, debajo de tí. Hace más de una hora que espero.

—Por Dios, hombre, vento de ese sitio.

—Allá voy. Dame una mano.

—¡Yo te daré el pié, retoño!—gritó Blas lanzándose de un salto á la presa con la agilidad de un gato.

Carmela dió un grito ahogado y se le figuró que iba á morir. Cogió Blas al que su novia había tomado por él mismo, y zambulléndole en el río le dije:

—En mi verdad confieso, don Fabián, que le había ofendido sospechando de su puntualidad en cumplir una cita amorosa.

—¡Que me ahogo!—gritó Fabián dominado por el terror de la muerte.

—Espero, sin embargo,—continuó el campesino,—que no me lo ha de tomar á mal.

—¡Socorro!

—¡Y cuidado que es usted perro viejo en estos lances!

—¡Uff! ¡que me ahogo!

—No sólo se adelantó á mí, sino que pudo llegar debajo de la ventana sin caer en la trampa.

—¡Que me ahogo! ¡que me ahogo!—seguía gritando el señorito Fabián.

—No, señor, no se ahoga usted; ya vé que le tengo cogido, que sino Dios sabe lo que sería de su mercé esta noche.

Don Fabián perdió por fin el sentido, y el campesino cargó con él á costillas.

—¿Se ha ahogado, Blas?—preguntó Carmela con un temblor en la voz que denunciaba el terror de que estaba poseída.

—Ha matado la sed. ¡Y cómo pesan los mayorazgos!

—¿Qué vas á hacer?

—Lo que haré...

—¡Jesús, Dios mio!...

## XV

El novio de la hija del tío Ramón colocó al desvanecido rondador de la aceña en el suelo, le desnudó del todo, y sin perder tiempo púsole una chaqueta, chaleco y unos pantalones viejos del molinero, cuidando enseguida de llenarle la cara y la cabeza de harina con objeto de que resultase una perfecta semejanza con un hombre del oficio; calzóle luego unas *chancas* y encasquetóle una montera de pardo-monte con vivos encarnados, muy vieja.

Al volver el señorito Fabián á su conocimiento, le intimó Blas la orden de que tenía que obedecerle en todo sin chistar. Pocas ganas de hacer protestas podían dejarle, al malparado galanteador de Carmela, el acento, la agrura y la actitud con que el campesino le imponía su voluntad; y si algún movimiento de contradicción se atrevió á hacer, pronto se le aplacaron los

raptos, mediante media docena de buenas puñadas diestramente repartidas en las costillas del mayorazgo por la mano callosa de Blas.

—¡Que me matas, asesino!—gritó el mayorazgo.

—¡Que poco agradecido es usted, señor don Fabián! Si no fuera por mí, usted se ahoga, y ahora me llama asesino!

—Déjame, bribón.

—Todos los señores son lo mismo!

—Acudan...—gritó el mayorazgo con todos sus pulmones. No pudo proseguir, porque se le figuró que los huesos todos de la cara le habían volado.

—Andando!—rugió Blas.

Al poco rato entraban los dos en el molino, y decía el novio de Carmela:

—Aquí está el barrendero de la harina.

Una aclamación de júbilo recibió las palabras de Blas y á su presentado. Aquellos mozos y mozas de condición maleante y juguetera, abalanzáronse al momento sobre el enamorado mayorazgo y comenzaron á acosarle de mil maneras, para que cogiese la escoba: mostrábase él impasible, sin embargo.

—Parece que viene durmiendo este Judas.

—Despertémosle!

—Sí, sí, despertémosle, despertémosle.

Una de las parroquianas salió corriendo, y en un momento volvió con un gran manojó de hortigas. Cada uno de los presentes cogió algunas ramas y comenzó una persecución estrepitosa, pues Fabián huía y los demás corrían tras él dando voces, saltando y haciendo toda suerte de gestos y cabriolas. Una muchacha logró alcanzarle, y pegándole en las narices con las hojas vexicantes, le dijo:

—Toma, hombre, á ver si despiertas de una vez.

Fabián se revolvió frenético y la derribó de un bofetón.

—¡Que mala *papeira* te coma!—clamó la abofeteada.

—A él, á él!—vociferaron entonces con más ardor que nunca los parroquianos del molino.

—¡Un *mallacís!* ¡Démosle un *mallacís!*

Tendiéronle en el suelo á regañadientes, cogióle uno de cada brazo, y de cada pierna otros, y á las voces de ¡á la una! ¡á las dos! ¡á las tres! con grande estruendo de voces y de risas, levantábanle al aire y dejábanle caer, dando de cada vez recio batacazo con el trasero en las losas del suelo.

El mayorazgo profería amenazas y juramentos á granel, ó dolorido, suplicaba compasión; sentimiento que en vano procuraba excitar en aquella bulliciosa cuadrilla de gente descomunal y endiablada.

Convencido, por fin, el desventurado señorito de que oponerse á los antojos de aquellos desalmados era temerario intento, ó locura rematada, así



que aquel manteamiento en seco hubo, por su dicha, terminado,—y no se terminara tan pronto si la fuerza de los manteadores no fuera aflojando,—temiendo, y con razón, nuevos desafueros, cogió la escoba de retamas y comenzó el barrido de la harina, murmurando denuestos contra su mala suerte, contra aquellos barrabases criados de Satanás, contra Blas y contra Carmela, y contra el día que le bautizaron.

—Aquí está un recado de la señora de la Pavanza, que quiere que le lleven la harina ahora mismo,—dijo Blas desde la puerta.

El mayorazgo oyó estas palabras como un nuevo anuncio de mayores vejaciones y suplicios; mas haciendo que no había entendido nada, continuaba barriendo la harina, mientras el novio de Carmela decía de este modo:

—¿Quién va á llevar esa harina á la Pavanza? Pero nadie mejor que el novicio. Anda, carga con el saco, que buena propina te vas á pescar.

—Yo no iré—dijo Fabián con furia concentrada.

—Tú irás; vaya si irás! Y si no se te va á dar otro *mallaicis*.

--¡Ótro, ótro, ótro!—aplaudieron todos; y ya agarrado le tenían cuando dijo:

—¿Donde está el saco?

—Aquí lo tienes—contestó Blas.

Dejáronle suelto; acercóse al saco, echando lumbre de los ojos, y el novio de Carmela se lo cargó á las espaldas diciéndole:

—Bah! pesa poco.

Salió Fabián y Blas le siguió detrás.

## XVI

—¿A qué vienes conmigo?—gruñó el señorito.

—Por hacerle compañía, señor don Fabián.

—¡Ah, tunante! ¡Aunque tenga que bajar al infierno junto á Satanás, me he de vengar de tí! Bien caras me las has de pagar.

—Déjese de rosarios, mi amo, y ande de prisa, que la señora está esperando por la harina.

Antes de llegar á casa del señorito Fabián, los caminantes tenían que atravesar un lugarcito donde celebraban la verbena de San Juan. Esta expansión tradicional del pueblo, especie de fiestas palilia, verificábase con luminarias y grande algazara. El mayorazgo quiso evitar esto torciendo por un sendero, pero Blas le dijo:

—No es por ahí, Sr. D. Fabián; usted va engañado; véngase por camino derecho que allá arriba celebran la verbena del patrono de la parroquia, y es cosa muy buena para los males del cuerpo tomar los humos de la sanjuanada.

Diciendo esto iba el novio de Carmela, cuando los de la verbena, prevenidos por Blas, comenzaron á dar voces:

—¡Que salten! ¡que salten!

—Ya nos han visto, mi Sr. D. Fabián—dijo Blas,—y no hay mas remedio que saltar.

—A los profundos infiernos te haría saltar yo con tu alma malvada, profirió el mayorazgo;—y tomando carrera, se puso al otro lado de la hoguera en medio de un estrépito de voces y de palmadas.

Como siguiesen caminando muy callados, dijo Blas:

—Para que no diga quien nos escuche que tenemos las cuentas ajustadas, paréceme á mí, Sr. D. Fabián, que podíamos hablar de alguna cosa mientras hacemos camino. ¿Sabe usted que si no abro bien el ojo me sopla la novia?

—¡Majadero! Debieras besarme los pies.

—Y mirado el caso con serenidad, confieso que si señor. Mas ¡qué demonio! aquí en confianza, y de mi para usted, puedo decir que me tomó un poco el demonio de los celos; y como usted tiene comido de memoria confites y de veras lepra, le hice grande agravio. Pero honrado y bien honrado queda con haberle hecho objeto de mis recelos, aun cuando le permita que de memoria continúe robándome la novia.

—¡Montecato!

—No se enfade, que yo bien conozco que los pies y las manos solamente se le atan á los presos y la memoria á nadie.

—De aquí no paso aunque reviente!—dijo de pronto Fabián dispuesto á tirar el saco.

Blas, que así como se iban aproximando al lugar de la Pavanza, había previsto el caso, cogió al mayorazgo de un brazo, cual si le cogiera con una tenaza, y llegándole, con la otra mano, un grueso garrote, lleno de nudos, á las barbas del señorito, amonestóle por medio tan expresivo á seguir andando.

—¿Qué quieres hacer conmigo, bribón?—preguntó D. Fabián, sudando de coraje.

—Molerle á palos, señor mayorazgo, si no lleva la harina á la señora, que le hace mucha falta.

—Voy á dar voces, y mis criados y mis vecinos, si no te largas, serán los que han de molerte á tí, pícaro!—bramó el mayorazgo relampagueando iras.

—Bueno: yo le ayudaré á berrear.

—Diré: ¡al ladrón! ¡al asesino!

—Yo tambien dire: al guarda, al saltimbanquis, al rondador de la aceña, al pretendiente burlado, al marido zafio... Vamos! comience, que debe tener grande voz de pregonero.

—¡Pero hombre!—dijo el señorito variando de táctica.—Si me dejases libre, te daría cuanto me pidieras.

—No tenga pena. Yo le contaré á la señora que queriendo coger usted un nido de estorninos, se subió á la ventana que da á la presa, y que Carmela, tomándole por un gato montés, le pegó un empujón haciéndole caer al rio; y que, por caridad, le prestamos de la pobreza que teniamos para mudarse.

—Te daré todo cuanto me pidas, Blas, y déjame.

—Ya llegamos—dijo el campesino.

—Vamos, sé razonable, Blas.

—Eso quiero yo.—Y el novio de Carmela levantó el garrote de nudos.

—Juro que me las has de pagar—dijo el mayorazgo, lanzando rabiosas miradas al campesino.

—Ya estamos en la Pavanza, Sr. D. Fabián.

JOSÉ OGEA.

(Concluirá).





## FÁBULA DE UNA HISTORIA

---

MARÍA PITA

---

(Conclusión).

### I

Mucho amor era el amor de los antiguos. Un cronista español, de aquellos pacientísimos cronistas, veraces á carta cabal, que lo contaban todo sin callarse nada, y que lo mismo referían los hechos que ensalzan, que las vergüenzas que denigran, atribuye el origen de la Coruña á una pasión amorosa. Cosas de época: entonces el amor fundaba ciudades, hoy en cambio funda familias, cuando no las destruye.

Parece que en los primitivos tiempos (1670 años antes de Jesucristo) vivía una dama de nombre *Coruña* y de condición hermosa. Hércules Egipcio, caballero tan *antidiluviano* como ella, se sintió cautivado por los encantos de la dama, y queriendo immortalizar á un mismo tiempo el profundo amor que sentía y la ideal belleza á quien amaba, fundó una ciudad, y en ella un defensor constante de sus derechos. Llamó á la ciudad *Coruña* y dióle al Faro su propio nombre.

He aquí una alegoría del amor, que la historia no supo, no quiso ó no creyó oportuno hacer constar.

Pasaron los años y aún los siglos, y aquellos testimonios de tan sincero querer permanecieron firmes, mudos testigos de tiempos dignos de eterna recordación. Llegó un día en que, envidiosa de tanta ventura, quiso Inglaterra turbar la octaviana paz de dos amantes, y la turbó, en efecto; pero del seno de aquellos vetustos recuerdos del pasado, héroes de antigua tradición, surgieron los héroes del presente. El coloso invencible aportó á la lucha colosos vencedores. Hércules dió Hércules á la pelea. La ciudad hermosa, Coruña, dió coruñesas; la heroína del amor, sembró los muros de heroínas de la guerra. Y Mr. Ford, á quien se lo contaron, supo, pero se lo ha callado, que era espectáculo grandioso el de un pueblo, encarnación de los héroes del pasado, defendido por los héroes del presente, que llevaban en sus hijos, y en los hijos de sus hijos, los héroes del porvenir.

Con precedente tan notable ¿qué mucho que la ciudad herculina sea patria de heroínas? Sentar, pues, como dogma irrefutable que en los fuertes de la ciudad, el día de la pelea, no hubo más que una mujer, es tan absurdo, que sólo puede darse otro absurdo semejante. La toma de la ciudadela, que diría Mr. Ford.

Que Mayor Fernandez de Cámara y Pita fué una heroína, que dió muerte, según se dice, al hermano de Norris, y que por tal hazaña agracióla el Rey con el título y sueldo de un Alférez, serán hechos indiscutibles. Que al lado de ella lucharon las demás, que su valor y su bravura alentaron á sus esposos, á sus padres y á sus hijos, y que ni obtuvieron ni solicitaron recompensas, son hechos tan indiscutibles como los anteriores.

## II

La información del gremio de mareantes era rancia, tenía ese sabor de época y ese estilo eurialesco, insípido, pesado, con sus tonos de seriedad y sus giros de escribanía, que evoca el recuerdo de las mangas de dril negras y mugrientas, las manos sucias, largas y negras las uñas, la tinta anegándolo todo y la clásica pluma de ave, aquella pluma con que escribía Mariana su historia, Feijóó sus cartas y Santa Teresa sus moradas. Pero entre tantos recuerdos agri-dulces brilla una sinceridad y una conformidad tan grande en las declaraciones de los testigos, que más que tales, parecen esos relatos

que escuchamos muchas veces de labios del hombre de mar, relatos de tempestades, que tanto matiz adquieren al ser referidos por los mismos que lo presenciaron, con sus *carápetas* al natural, sus causas, sus movimientos, en una palabra, con la emoción que palpita en el que siente lo que dice y dice lo que siente como sabe y como puede.

No he de darla á conocer. GALICIA la publicó *por poder* de Martínez Salazar, y en Galicia se cuenta de corrido lo que dijo Alonso de Seá, Juan de León, Estéban de Veira y sus compañeros. Todos ellos convienen, ocultando su propio mérito tras la gloria de sus mujeres, en que peleaban valerosamente, animándolos á la lucha, que permanecían en las murallas, y aunque los enemigos mataran algunas, ni las otras escapaban, ni perdían el ánimo, antes bien le mostraban mejor, pasando por encima de los cadáveres para defender la entrada de la ciudad, peleando con cantos y con picas, terrapleando cubos, rehaciendo murallas, enterrando á los muertos, curando á los heridos y acudiendo siempre á donde más peligro había, hasta tal punto que el día del asalto general muchas de ellas se hallaban en la mina. Nadie distingue á Maria Pita, nadie la nombra, nadie trata de elevarla sobre el nivel de las otras. Y no se diga que la información no hace excepciones, que para desmentirlo está la declaración de Alonso Ares de Bello, inmortalizando el nombre de una criada, la de Juan Xaspes, que murió peleando en las murallas.

Y sin embargo, la criada de Juan Xaspes, muerta como una heroína, pasó, desapercibida. Su nombre murió con ella. Sus hazañas no se contaron. Ni la lira del romancero templó sus cuerdas para cantar su historia, ni Mr. Ford, al recorrer el teatro de la hazaña, sacó ni lapiz para apuntar su nombre. ¡Nieguen los sabios que la gloria no depende mil veces de la fortuna ó del azar!

### III

Tal es el extracto del documento suscrito por el gremio de mareantes bajo la fé de Lope Janeyro. Ese documento, que piadosa mano desenterró de un archivo, es la historia más veraz de la defensa de la Coruña. Si mister Ford le hubiera leído antes de escribir su *Hand Book for Spain*, desiste seguramente de la toma de la ciudadela, pero en cambio se lleva, sin duda alguna, un centenar de heroínas.



Y aquí terminara, á no ocurrírseme una observación final. Si la ciudad de la Coruña quiso encarnar en María Pita el heroísmo guerrero de sus mujeres, justo es aplaudir personificación tan atinada, que ella une á sus hazañas excepcionales recompensas; pero si olvidando lo que de fuero debe á sus compatriotas, ha intentado fundar en ella un exclusivismo heroico, deber es consignar la injusticia con que procede. La ciudad de Hércules es y ha sido siempre patria de heroínas. Descartando á las que brillaron en su defensa, de que hace mérito la información, aun quedan en La Coruña, María Pita y Emilia Pardo Bazán. La heroína del amor, la de la guerra y la de las letras. Tres heroísmos á cual más dignos de imperecedero nombre y eterna recordación.

AUGUSTO G. BESADA.





## DON TEODORO

---

Á MI DISTINGUIDÍSIMA AMIGA EMILIA PARDO BAZÁN.

*Porque le visteis y con él hablasteis  
y os llamó la atención tan raro tipo,  
estos cuatro renglones de mi mano,  
únicamente para vos, escribo.*

En la pintoresca Monforte de Lemos tenéis ocasión propicia de ver, hablar, reiros, escucharle, y hasta cansaros de los disparates de un tipo, que no es creación de la fantasía, y si un sujeto de pocas carnes y mucho hueso, á quien conocen cuantos viajan por aquella parte de Galicia, y *hacen noche ó día* en la histórica villa de los hidalgos.

Don Teodoro no necesita condecoraciones, ni títulos, ni cédula personal para que den al momento razón de su persona en Monforte, como pueden darla de Castelar á secas en toda Europa.

No voy, pues, á pintaros á la pluma, con los rasgos de la fantasía, una figura imaginativa, con el objeto exclusivo de llenar cuatro páginas impresas en excelente papel.

Todo lo contrario.

Es D. Teodoro un pobre loco, uno de esos seres que al perder la facultad de pensar y de tener sentimientos, nadie da con acierto noticias del origen de su trastorno.

Pasan al estado de demencia, encerrando en el fondo de su alma, con tanto ó más misterio que después de muertos, una tragedia de amor, un fracaso de la fortuna ó un girón del honor.

Pertenece *nuestro* tipo á una hourada familia, no sé si del mismo Monforte ó de algún otro pueblo de la provincia de Lugo, pero puede decirse que no tiene *pariente ni perrito que le ladre*, pues vive completamente á solas con su manía y con los recursos que le suministran los caritativos monfortinos, y esa generación flotante de *viajantes* que al principio del verano y al final del invierno caen como nube preñada de pedrisco sobre las ciudades, villas y lugarejos en ofrecimiento de *ricos y variados géneros para la próxima estación*.

Don Teodoro V... es más bien alto que bajo; que procede de buen origen y de gentes distinguidas, se adivina en sus formas corteses, en su correcta aunque disparatada expresión, y en el caudal de conocimientos que parece haber adquirido, cuando el mundo le tendía su mano y le llamaba su amigo; enjuto de carnes, vivaracho, ó más bien nerviosillo é inquieto en extremo; locuaz y charlatán á carta cabal, encierran sus frases, y las anécdotas que de sus buenos tiempos refiere, un perfume tan agradable como el de la ortiga, y un saboreillo tan dulce como el del vino picado.

Sobre su cara angulosa y demacrada por la edad, el padecimiento moral y las privaciones materiales, campean dentro de las huesosas cuencas dos ojillos brilladores é incansables, que se mueven al compás de una lengua expedita y desenfadada, y labios descoloridos, con alguna que otra grietilla; es su barba descuidada con la opacidad del pelo, que no ha conocido desde hace largos años cosméticos ni brillantina, salpicada de canas y de unas dimensiones no exageradas.

Cuando yo le ví por primera vez, llevaba raída y verde esclavina, que manejaba con desenvoltura y *como quien conoce el paño*: desencuadrado y descosido sombrero de copa, pantalón oscuro, viejo y *con cabellera* al borde de *la campana*, que descansaba sobre las *risueñas* botas: al desembozarse enseñaba lamentable decoración interior, y pendiente de un botón, del que en su época fué *chaquet*, un enorme tintero de cuerno amarrado por un fuerte bramante.

Hay un caserón ruinoso, sofocado por la exuberante hiedra, negro, sin puertas ni ventanaje, y por donde entran en verano los primeros rayos del sol, y en invierno las primeras lluvias, cuyo caserón fué en su edad *Sinagoga*, conservando aún ahora este nombre, y el cuál se edificó en el radio

ocupado por *la torre de los hidalgos*: allí vive D. Teodoro; sobre el húmedo pavimento tiende su mullido lecho de pajas y esteras desechadas, sin que nadie le dispute la histórica morada, ni se presente el casero á cobrarle las infinitas mensualidades de que se halla en descubierto: para entrar en la *Sinagoga*, tiene que trepar como las cabras, porque los vientos locos y las aguas torrenciales se fueron encargando de destruir las escaleras; una vez dentro, familiarizado con las sombras y con los ruidos extraños, se despoja de sus remiendos, y se dispone á dar reposo á su espíritu trastornado, en compañía única de los lagartos y de los murciélagos, que entran y salen durante la noche, velando el sueño del *loco de Monforte*.

Recorre D. Teodoro, desde que el lucero del alba anuncia los arreboles de la mañana, las calles angostas y desiguales de la ciudad del *Cabe*, entra y sale cuando se le antoja en comercios y boticas; todos le llaman, á todos dedica una réplica ó un insulto, según tiene de alterado y turbulento el sistema, y finalmente, *con todo el mundo tiene que ver*, como decirse suele.

Su campo de operaciones, su centro de descanso y *refugium peccatorum* es el antiguo y acreditado *Café Español*: allí vive en realidad, y aquella es su verdadera *Jaija*.

Para conocer á D. Teodoro y para estudiarle con detención, es necesario ir al *Español* y convidarle á café. ¡Infeliz! hay días que el aromático moka es su solo alimento; y tanto le gusta y tanto se recrea con su sabor y con su perfume, que me aseguró el dueño del establecimiento, no tener nada de exageración, el cálculo hecho de que, por término medio, y á contar por el número de *viajantes* y *viajeros*, el loco se traga, gratis, diariamente, una docena de vasos de café.

En acción de reconocimiento perpetuo, os refiere los *servicios distinguidos que prestó á esta ingrata nación, como oficial mayor del Senado*; (1) *el viaje que piensa hacer á la corte, para cobrar más de cuarenta años de sueldos que no le abonaron; las intrigas de que ha sido víctima por sus ideas eminentemente liberales, y las envidias que ha despertado entre sus amigos por las buenas relaciones que conserva siempre con todos los reyes, y lo mucho que le debieron á él por su engrandecimiento* *Espartero* y *don Joaquín María López*.

Don Teodoro, como todos los locos contemporáneos y á la moda, es poeta eminente, sublime, sin rival en sus géneros,—que son incontables,—y trae en los insondables bolsillos de sus prendas de vestir, arrobas de odas y millones de sonetos, que lee con fuego y entusiasmo, ó recita haciendo gala de

---

(1) En el cual desempeñó efectivamente un destino.

feliz memoria, á quién quiera tener la paciencia de escucharle, y con más gusto al que le pague un café.

Don Teodoro, á pesar de su reconocida perturbación mental, ayuda—según me dijeron—á la curia de Monforte, en la copia de documentos, cuando el trabajo abunda, valiéndole el tal trabajo sus gratificaciones.

Cuando D. Teodoro desaparezca del libro de los locos vivos, habrá perdido Monforte un tipo tan popular y agradable, como perderá la Coruña en *Monsieur Pierre*, y al que dedicaré unos renglones en la REVISTA de Diciembre.

JUAN NEIRA CANCELA.

Orense 14 Octubre 1887.





## POR UN RETRATO

BOGETO COPIADO DEL NATURAL

POR

BENITO LOSADA <sup>(1)</sup>

XVIII

VACILACIONES.

La mujer, ese impenetrable ser tan injustamente vituperado por unos, cuan extremadamente ensalzado por otros; que nadie ha llegado á definir con acierto en lo íntimo de su existencia moral, ni á pintar con el colorido de la verdad, se presenta, sin embargo, en la vida social con ciertos rasgos característicos, apreciables á la mirada menos penetrante. Aun cuando su corazón se halle interesado por un amor verdad, tiene por intuición, y hasta por sistema algunas veces, sus ribetes de coquetería. Como conoce demasiado que los hombres solemos dar poca importancia á lo que llamamos conquistas fáciles, trata de ocultar con frecuencia los sentimientos de su alma, queriendo aparecer digna á los ojos del que aspira á su cariño.

Pero este sistema, llevado á la exageración, suele tener graves inconvenientes. Felisa, aunque dotada de un claro talento, pecó de exagerada con Mario. Ciertó es que era buena y digna; que recién viuda y recordando el

---

(1) Véase el número 10.



lance ocurrido entre el marqués y el artista, temía á la sociedad dispuesta siempre á censurar con acritud las acciones más inocentes; y su temor era fundado. A ser otro el hombre que la amaba y por quien ella sentía, tal vez no se hubiera mostrado tan esquivo; pero se trataba de Mario, quien, por más que era inocente, había medido sus fuerzas con el marqués, y el público le había creído amante de la bella marquesita.

Después del regreso á Madrid, los jóvenes se vieron repetidas veces. Mario se resolvió á expresarle cuanto sentía, pero sin obtener respuesta favorable. Insistió varias veces, aunque sin mejor éxito. Mario, de carácter digno y de una fuerza de voluntad inquebrantable, decidió sofocar los impulsos de su corazón, sufrir en silencio y no volver á ver á la viuda.

Pero Felisa sufría horriblemente al ver la conducta del artista, pesándole su excesiva crueldad para con él, lo que hacía crecer el cariño que sentía; pero su dignidad le impedía reparar la falta cometida, tomando ella la iniciativa.

Había pasado un mes sin ver á Mario, cuando el conde del Coral fué á visitarla para darla una terrible noticia: Mario estaba enfermo de algún cuidado.

Titánicos esfuerzos tuvo que hacer la pobre joven para ocultar al conde la intensa pena que aquella noticia le había causado. Creía ser la causa de la enfermedad del artista y no hallaba un momento de reposo. Sabía diariamente el estado del enfermo; la gravedad aumentaba y decidió verle á toda costa. Guiada, arrastrada por los impulsos de su alma, trazó su plan y procedió á ponerlo en ejecución.

Mario vivía solo con sus criados y un ama de gobierno, que aunque se esforzaban en prodigar al enfermo los mayores cuidados, comprendían Felisa y Flora que dejaban bastante que desear.

Una mañana se presentó el conde del Coral en casa de Flora, llamado por ésta para indicarle la conveniencia de que dos hermanas de la Caridad contribuyesen á la asistencia del enfermo, y que si la idea era aceptada, se encargaría de avisarlas.

La proposición fué acogida favorablemente por los amigos del artista, y al siguiente día se hallaban á la cabecera del lecho dos hermanas de San Vicente de Paul.

Ambas eran jóvenes.

Cuando los amigos de Mario, que solían visitarle con frecuencia, entraban en su gabinete, las hermanas se retiraban á otro inmediato, pretextando que su reglamento así se lo ordenaba.

El taller del artista estaba próximo al dormitorio, y como las mujeres tienen una mirada escrutadora de gran alcance, una de las hermanas hubo

de entrar en él. Allí pudo admirar todos los lienzos y objetos de arte que en gran número le adornaban, buscando ansiosa alguno que no pudo encontrar en un principio. Entró luego en un pequeño gabinete inmediato; examinó escrupulosamente todo lo que contenía, y pudo al fin hallar lo que buscaba: un cuadro cubierto con una cortina de damasco rojo. Vaciló un momento; pero pronto, con mano trémula, separó la cortina que velaba el cuadro. Grande fué su sorpresa viéndose admirablemente retratada, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Después de haberle contemplado un momento, entró de nuevo en el taller, cojió un lapiz, y en el reverso de una tarjeta escribió: «Siempre tuya.» Corrió á colocar la tarjeta en una ranura del marco, lo cubrió de nuevo con la cortina y volvió al lado del enfermo.

Cuando el estado de Mario no ofrecía ya peligro, las hermanas desaparecieron una noche para no volver á la casa.

El artista, convaleciente, había dejado el lecho, y su primer cuidado, á entrar por primera vez en el taller, fué ver el retrato de la que amaba.

Extraordinaria fué la sorpresa que le causó el encontrar la tarjeta, cuya letra creía reconocía; vacilante se dirigió á su pupitre, buscó en una carpeta la carta que Felisa le había escrito en Sevilla, y que guardaba como un valioso tesoro; confrontó la letra con la frase escrita en la tarjeta y, ebrio de placer, pudo convencerse de que era la misma. Llamó al punto á su ama de gobierno, y en medio de una violenta agitación le preguntó:

—¿Quién ha entrado en mi taller mientras he estado enfermo?

—Nadie, señorito.

—¿Ha estado á verme alguna señora?

—No, por cierto; solamente las hermanas, y esas estoy segura que no han entrado.

—¡Esto es extraordinario! exclamó el artista tratando de penetrar aquel misterio, y luego añadió;

—Está bien: deseo ver inmediatamente á esas hermanas para darles gracias por sus buenos servicios; ¿á qué establecimiento pertenecen?

—No lo sé, puesto que ha sido el Sr. Conde del Coral quien las ha traído.

—Pues vaya usted á preguntar en todos los que haya en Madrid.

—Ya lo he hecho con objeto de verlas, porque son sumamente buenas y amables; pero sin obtener resultado.

—¡Ah, que ideal! Fué ella, sin duda; la tarjeta es de su letra; ha estado aquí, y esto es una prueba evidente de que me ama.

Aquella misma tarde entraba el Conde del Coral á ver á Mario, y al saber por aquél que Flora había sido la encargada de buscar á las hermanas, vió confirmada su sospecha.

## XIV

## IMPRUDENCIAS PERIODÍSTICAS.

Convencido Mario de que su vivo amor por Felisa era por ésta correspondido, decidió verla en casa de Flora, y allí se dirigió el primer día que pudo salir á la calle. Felisa no estaba allí, pero poco se hizo esperar, pues su prima le había hecho avisar en cuanto le anunciaron la visita del artista.

Flora amaba tiernamente á su prima y sentía por Mario una cariñosa y desinteresada simpatía. No era, por cierto, de esas mujeres vulgares, en quienes la emulación y la envidia ejercen su devoradora influencia, y que, á semejanza del perro del hortelano, les duele el bien ageno, aunque no redunde en el suyo propio; no era, no, de esos seres de angélico rostro, cuya tez nacarada, teñida por los colores de la rosa pálida, ocultan el cieno que en su corazón circula. Flora, por el contrario, gozaba con la idea de ver unidas aquellas dos almas hermanas, tan tiernas y bondadosas, fundidas por Dios en un mismo troquel.

Buscando uno de esos pretextos á que suelen recurrir las mujeres, salió de la habitación, dejando en ella á Felisa y Mario. La joven palideció; su corazón latía violentamente al comprender que el momento supremo había llegado. El joven, por su parte, en cuyo rostro se adivinaba aún la huella de su reciente dolencia, trataba inútilmente que sus labios diesen forma á las frases que su cerebro elaboraba. Después de unos momentos de agitada vacilación, acertó á decirle:

—Mucho agradezco á usted los cuidados que le he debido durante mi enfermedad; mi deseo único es que usted me haga el favor de contestar á una pregunta, á fin de evitar palabras inútiles, tal vez enojosas para usted y para mí.

Mario sacó de su cartera de bolsillo la tarjeta que había encontrado en el cuadro, y enseñándosela á Felisa le preguntó:

—¿Conoce usted esta letra?

Felisa quiso balbucear un monosílabo afirmativo, pero no le fué posible, limitándose á hacer un movimiento de cabeza que lo reemplazaba.

—¿Está usted dispuesta á cumplir lo que en esta frase ofrece?

—¡Oh Mario! respondió la joven haciendo un esfuerzo para poder contestarle, no me lo pregunte usted por el cielo; adivínelo usted, pues bien fácil le será al ver la turbación de que me hallo poseída.

—Gracias, Felisa; usted me hace el más dichoso de los mortales; despues-  
to estoy á unir mi suerte á la de usted para nuestra mutua ventura. Usted  
señalará la época en que ésta deba verificarse.

La cordial inteligencia entre los amantes estaba establecida; se amaban  
más cada día y solo esperaban á que se cumpliese el año de luto para cele-  
brar su matrimonio, que debía apadrinar el Conde Gottardo.

Mario había quedado bastante delicado después de la aguda dolencia que  
había sufrido, y vivía con precauciones.

Una mañana, poco después de dejar el lecho, recibió el correo, y con él  
algunos periódicos de su país, extrañándole no tener carta de su padre.  
Púsose á leer un diario napolitano, lanzó un grito y perdió el sentido. Su  
padre, el Conde Gottardo había muerto á consecuencia de la caída de un  
caballo.

El ayuda de cámara del joven corrió á avisar al Ministro de Nápoles,  
mientras que otro criado salía á buscar un doctor.

Cuando llegaron, Mario Bosco era cadáver.

El Ministro napolitano conocía los amores de su amigo el desgraciado  
artista, y trató de ocultar á su prometida aquella terrible desgracia. Con tal  
objeto hizo que le llevaran un recado anunciándole que Mario estaba indis-  
puesto y no podría verla aquel día.

Felisa, obedeciendo á los impulsos de su corazón, hubiera ido al momento  
á verle; pero su decoro no se lo permitía y esperó.

Llegó la noche. Felisa recibió LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA; fué á leer  
un suelto y exhaló un grito desgarrador.

Aquel suelto daba la noticia del fallecimiento del aristocrático artista á  
consecuencia de la rotura de una aneurisma.

## XV

### CONCLUSIÓN.

Una apacible mañana del mes de Abril dirigiáse una joven bella, en cuyo  
rostro pálido podía adivinarse la huella del dolor, acompañada por otra  
también hermosa, al Noviciado de las piadosas hermanas de San Vicente de  
Paul. Ambas vestían humildes trajes, llevando la primera, colgado del brazo  
izquierdo, un lio de ropas, que contenía un hábito religioso.

Circuló aquel día, con la velocidad del rayo, una noticia que causó viva

sensación en los círculos aristocráticos de la corte. Muchos dudaban que fuese cierta hasta verla confirmada por el oficioso noticiero el joven Conde del Coral. En efecto; Felisa, la bella marquesa viuda de Rocablada y semi-viuda del Conde Gottardo, aquel astro luciente que iluminara un día los salones de la alta sociedad madrileña, había cambiado sus riquísimos trajes por el humilde hábito de las hijas de San Vicente, que le sirviera para asistir al hombre cuya muerte lloraba y pensaba le sirviese de mortaja.

Dos meses más tarde era admitida una nueva novicia, su buena prima Flora.

Un día, viéndose solas las dos jóvenes, dijo Felisa á su prima:

—¿Qué has hecho del retrato?

—Cumplí tus deseos: lo he quemado.

—Gracias, querida Flora: ya que ni tú ni yo podamos conservarle, no he querido que nadie poseyese un tesoro que fué causa de mi efimera ventura y de mi eterno infortunio. Dedicada á la asistencia de los desgraciados, espero que el cielo me dará fuerzas para sobrellevar mis dolores.

—Y á mi también—contestó Flora en extremo conmovida.

—¿Qué dices?—repuso Felisa sin ocultar su sorpresa.

—Sí, sí; hoy puedo y debo confesarlo; en cuanto supe su fallecimiento comprendí en tanto le amaba.

—Mi querida Flora—contestó Felisa abrazando á su prima y mezclando ambas sus lágrimas—ya que tanto le hemos amado, lloremosle juntas y roguemos por él al cielo.

BENITO LOSADA.





## EPIGRAMAS

---

Lavandos'en certa presa  
Unha moza de mañan,  
Ajejou-n-a un perillan  
E dixo logo:—«Taresa,  
Bule, ou non chegas á misa.»  
—«Non che coidei qu'ajejabas.»  
—«Nin eu ver que te limpabas  
Ind'a faldra d'a camisa.

---

Dixo patron labrador  
N'a casa de Jan Montaña:  
—«Eu non sei quen nos amaña,  
Que vamos de mal en pior.»  
E respondeu un muchacho  
Que ja d'a scola saíra  
E a *prima* tamén oíra:  
—«Sabe-n-o todos; Camacho.»



---

LA CORUÑA  
JOSÉ MIGUEZ PEINÓ Y H., IMPRESORES  
San Andrés 58, bajo

—  
1887